



MI PAZ OS DEJO, MI PAZ OS DOY Jn 14, 26

CARTA DE COMUNIÓN | PASCUA 2023

En la Carta de Comunión de Navidad nuestra mirada recayó en la infancia protegida y en la esperanza que traía consigo el cuidado de lo pequeño, de lo débil y vulnerable, de lo recién nacido y, sobre todo, cómo el cuidado de la infancia podía hacernos a los adultos parar nuestras piedras, trabajar por la Paz. Al menos por ellos, por los niños, por nuestros niños, por los hijos e hijas del mundo entero. Pero parecen haber fracasado todos los corredores de paz y, al final, hemos vuelto a las trincheras, al cuerpo a cuerpo, al quemarropa y a la sangre.

¿Qué es la guerra sino ese original deseo de apropiarse del don, de retenerlo para sí, de consumirlo como bien propio, de manipularlo para uso egoísta? ¿Qué es la guerra sino la conversión del don en posesión, del acto de donación en un robo? Un hurto avaricioso y siempre insatisfecho. Nos aferramos a las cosas en un intento de no ser arrastrados por el río impetuoso de la muerte. ¿No es cierto que la guerra es fruto del corazón que nunca batalló contra sí mismo ni contra sus demonios, ni contra sus iras y sus gulas, sus desenfrenos y sus violencias? Agustín lo comprendió bien: toda guerra comienza siendo una guerra civil, que se lleva a cabo primero en nuestro interior. De ahí, las palabras de su conversión: “La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Como en pleno día, procedamos con decoro: nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos” (Rm 13, 12-14).

JUEVES SANTO. LA MESA FRENTE A NUESTROS ENEMIGOS. Hemos subido a Jerusalén a celebrar la Pascua con Jesús. ¿No era Jerusalén la Ciudad de Paz? ¿Es posible que hoy como ayer hayan fracasado los lugares seguros, las tiendas del encuentro, las mesas del diálogo, de la fraternidad, los cenáculos del amor más grande, de la comunión más estrecha?

En el salmo 23 el salmista, que en el exterior se identifica con el humilde y manso animal al que el Pastor conduce por prados tranquilos y por valles de muerte (cf. Sal 23, 1-4), pasa a un escenario interior en el que el mismo Pastor le conduce hasta su propia Tienda sentándole a la mesa frente a sus enemigos (cf. Sal 23, 5). Es una escena dramática e inesperada, obra también del amor del Pastor que tiene para nosotros reservada una Tienda Segura en medio de un lugar inhóspito, como lo es todo desierto, pero que no nos libra de una necesaria reconciliación. En esa Tienda del Encuentro Él ha puesto una mesa en la que nos sienta frente a nuestros enemigos y Él mismo se ofrece como altar, mediador, víctima y ofrenda. Él ha abierto la Tienda del diálogo, de la reconciliación y de la paz y en ella ha ofrecido la Mesa de su Cuerpo, de su Pan y Vino, de su Palabra, de su Perdón, de su Paz. Todos hemos sido invitados en cada Pascua a participar de esta Mesa única.

El camino hacia la comunión verdadera tiene afrontamientos inexcusables. Hoy esa mesa en la que la humanidad está sentada, frente a frente, no es mesa de paz sino de amenazas. No sirven los gestos de acercamiento, los múltiples diálogos, la invocación constante. Esa mesa a la que nos sentamos los adultos es en realidad un vasto campo de batalla, una nueva torre de Babel, el ara inmensa en la que yace el Cuerpo de Cristo, nuevamente llevado a la muerte ignominiosa. ¡Volvamos a esta Tienda Segura, a esa Mesa en la que es posible degustar el Pan y el Vino de la Vida, del Amor más auténtico y de la Paz!

VIERNES SANTO. LA ORACIÓN Y LA MUERTE. Este Cuerpo dividido es HOY el Cordero de Dios llevado a la muerte (cf. Is 53, 7) por nosotros.

Si después de su muerte hay alguna esperanza, "¡Ay de los que habéis perdido la esperanza!" (Si 2, 14), ha de venir del Amor del Padre y de nuestros gemidos, lágrimas y plegarias por la paz. Ante este fracaso constante, este escándalo de la cruz, un coro de niños canta en arameo el padrenuestro y los adultos rezamos un "Señor, ten piedad de nosotros" (Salm 123, 3; cf. Lc 18, 9-14). No solo pedimos la paz, pedimos tu piedad, Señor, por todos nosotros, por esta mayoría que no batallamos en Bucha, ni en Lugansk, ni en Donetsk, ni en Kiev... pero tampoco lo hacemos en la batalla de cada día, en la guerra contra el orgullo y la pasión de someter a otros o de manipular o de arruinar la vida de muchos con nuestras palabras y desprecios, gestos y violencias... sin sangre. Ten piedad, Señor. Seguimos como al inicio, sin saber resolver nuestros conflictos internos, sociales, políticos; nuestras armas son más sofisticadas pero el fin sigue siendo el mismo; llamamos a puertas que se niegan a abrirse, a dialogar; seguimos encerrados en nuestras razones de muerte sin acoger las razones de la Vida. Ten piedad de nosotros.

No bastan los gemidos, las lágrimas y la oración, será necesaria también nuestra propia muerte ¡Si definitivamente diésemos muerte a tanto odio, indiferencia, comodidad, individualismo y frivolidad! Hoy es tiempo de batallas inaplazables (cf. Hb 12, 4). "Santo Dios, Santo fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Amén."

DOMINGO DE RESURRECCIÓN. EL DON DE LA PAZ Y LA MISIÓN. No podemos ni imaginar la esperanza y la fe que suscitó el saludo pascual del Resucitado en los discípulos. Volver a escucharle decir no temáis, mi paz os dejo, mi paz os doy. Salid al mundo y llevad la buena nueva. No temáis... "Shalom alejem" (Jn 20, 21; Lc 24, 36). Era el colofón de consuelo, de gracia, de perdón, de ánimo, de salvación... "Estoy con vosotros" (Mt 28, 20). Solo pensar que estas palabras también están dichas para los hombres de hoy, para el mundo de hoy, para ti y para mí, nos han de colmar de esperanza y confianza, nos han de poner en pie y en camino.

La Paz que pedimos y la que deseamos es la Paz del Resucitado. Y, aunque no la merezcamos, nos atrevemos a pedirte, Señor: danos la paz, DANOS TU PAZ. Desata los nudos y restablece los vínculos rotos, deja abierta tu Tienda, puesta la Mesa del Encuentro, danos tu Pan y tu Vino, tu Palabra, tu Perdón, para que todos nos reconozcamos hermanos, un solo Cuerpo en Ti.

Tú, que nos dejaste a tu Paso la PAZ e hiciste de tus discípulos una PROFECÍA DE PAZ para el mundo, haz de todos nosotros ARTESANOS DE PAZ (cf. Mt 5, 9) y CUSTODIOS DE ELLA.

Hagamos de tu Paz nuestro saludo de amistad y fraternidad universal, de bienvenida y de despedida, de reconciliación y de comunión, saludo y don de bendición y de compromiso de cada día, sin ruidos y sin pausas. La Paz, mil veces desgarrada y mil veces recosida, mil veces herida de muerte y mil veces sanada de nuevo. La Paz desarmada que Tú viniste a traer al mundo corra como un río, como un torrente en crecida (cf. Is 66, 12) por nuestras trincheras y campos de batalla, por nuestros pueblos y ciudades, por nuestras familias y nuestros corazones... Que así sea. Feliz Pascua, el Señor de la Paz ha resucitado, dando muerte a la muerte. ¡Aleluya!

Os saludo con un abrazo de Paz.

M. Prado
Presidenta Federal
Federación de la Conversión de S. Agustín